Los libros en Europa

Obras completas en prosa, *Francisco de Quevedo, dirección de Alfonso Rey, Madrid, Castalia, 2003 (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica nº 24), vol. I tomo I y vol. I tomo II; ibídem Madrid, 2005, vol. III.*

Hay que destacar la enorme importancia que tiene el proyecto de Editorial Castalia de editar la obra completa en prosa de Quevedo, completando la edición de José Manuel Blecua –lamentablemente desaparecido hace poco– de su obra poética completa.

Aunque sea muy loable la edición de autores de segunda fila del siglo de oro español, debe hacerse constar que aún queda un largo trecho por recorrer en la fijación textual rigurosa de la obra completa de autores de primera importancia –ahí está el caso de Lope y Calderón o Tirso, por poner sólo algunos ejemplos–. Las editoriales españolas parecen haberse finalmente decantado por la edición de obras completas de estos escritores, pero con criterios de rigor filológico, lo que es muy de alabar.

El profesor Alfonso Rey, director de este proyecto de edición de la obra completa en prosa de Quevedo, es uno de los más eximios especialistas en el tema, que ha dedicado su vida profesional al estudio de este singular escritor, pleno de rebeldía, y símbolo de toda una época dorada de nuestra cultura. Alfonso Rey es además el mejor conocedor de la letra de Quevedo, y de sus manuscritos y apógrafos, que ha ido rastreando de modo incansable. Es admirable por tanto su dedicación a la obra de Quevedo que, aunque parezca mentira a estas alturas del siglo XXI, era todavía una asignatura pendiente que tenía nuestra filología.

Efectivamente, el lector de la prosa de Quevedo tenía que recurrir a la edición de Astrana Marín en Aguilar o a la de su sucesora Felicidad Buendía –inferior–, o a la de la desaparecida BAE de ediciones Atlas de Aureliano Fernández Guerra, cuyos tipos de imprenta se remontan a 1852-1859, y estaban muy deteriorados en las reimpresiones actuales; además, con unas dimensiones de tipos endiabladamente pequeñas.

La edición de Astrana data de 1932, también en tipos diminutos. Es muy de agradecer la delicadeza y tino con que el profesor Rey

hace justicia a esta edición en las páginas preliminares de historia del texto. Efectivamente, parte de la crítica filológica actual ha sido excesivamente dura con la labor de Astrana, que para su época la considero muy encomiable, y que aporta una enorme cantidad de información y erudición que en parte no ha sido superada, aunque incurriera en disculpables defectos de falta de rigor en ocasiones, que no desmerece su trabajo, sobre todo si se tiene en cuenta las fechas en que se realizó. Hay que destacar, en otro, sentido el epistolario de Quevedo que publicó Astrana o su admirable y monumental *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra,* que nos hablan de su sabiduría.

Los más importantes estudiosos de Quevedo participan en esta magna edición, empresa a desarrollar en equipo. El tercer volumen acaba de aparecer.

Hay que destacar la sencillez y sabiduría –deben ir unidas– de las páginas preliminares de Alfonso Rey, en las que hace un planteamiento general, muy completo y asumible, de la historia del texto y estado de la cuestión, sin el fárrago a que nos tiene acostumbrados una cierta otra crítica de pseudoerudición de base de datos.

Entre los textos quevedescos que aquí se encuentran resaltaría los preliminares literarios a las obras de Francisco de la Torre, quien, añado, es autor de un soneto a la Noche de una belleza inmácula. Se contienen también los *Sueños y discursos de verdades soñadas* en edición de Ignacio Arellano y *el Discurso de todos los diablos* por Alfonso Rey, *La Fortuna con seso* por Lía Schwartz, *Grandes anales de quince días* y *Mundo caduco* por V. Roncero, entre otros textos. A destacar los diversos tratados históricos de Quevedo en el volumen tercero, que nos ilustran acerca de la compleja profundidad de su pensamiento e ideología, por ejemplo sobre política exterior y sobre la monarquía española y sus defectos.

Todos los textos quevedescos que aquí se incluyen vienen avalados por una amplia anotación, fuentes, aparato crítico, índice de voces anotadas y bibliografía. De este modo, aunque el modelo que parece explícitamente seguir en su proyecto el profesor Alfonso Rey sea el de las ediciones de la Pléiade, creo que en realidad lo supera en mucho, tanto en belleza de composición como en riqueza de erudición y aparato crítico. Porque debe decirse además que esta edición es de una gran belleza tipográfica y de factura, encuadernada en tela, con un espléndido papel, propio de la colección Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica. Permite fácilmente dos

lecturas: la de quien quiere enfrentarse sólo al texto de Quevedo, que se lee en tipos muy agradables; y la de quien quiere bucear y perderse en el intrincado laberinto de los problemas filológicos que le atañen, que se sentirá igualmente recompensado. Junto a ello la inteligencia, la valiente rebeldía e inconformismo, la profundidad ideológica y estoica, la belleza conceptista y barroca de estilo, de uno de los mejores escritores que, junto a Cervantes, nos ha legado la historia de la cultura universal.

Debemos agradecer al profesor Alfonso Rey, también a sus colaboradores en esta empresa, una abnegada dedicación para ofrecernos una edición imprescindible que nos habla de la labor que aún nos queda por hacer en la edición completa, rigurosa, fiable y anotada de nuestros grandes clásicos.

Diego Martínez Torrón

Carta de Tesa, *José Jiménez Lozano, Seix Barral, Barcelona, 2004, 214 pp.*

José Jiménez Lozano (Ávila, 1930), que ha obtenido, entre otros, el Premio Nacional de las Letras Españolas (1992) y el Cervantes (2002), reflexiona en esta novela sobre uno de los problemas que más impacto e interés está suscitando en la sociedad española: la dificultad de enseñar y todo lo que de ello se deriva. El autor se centra en la enseñanza secundaria para ofrecer un relato desalentadoramente real. No hay duda de que hoy la educación es otra cosa y de que el arte de enseñar se reduce a la posibilidad de enseñar algo si se puede mantener la disciplina en el aula. El oficio de maestro, tan respetado hace unos años, ha descendido a niveles tan ínfimos, que se ha devaluado.

Hoy enseñar es sinónimo de tortura, miedo, humillación y frivolización del saber. Jiménez Lozano pone el dedo en la llaga y escribe sobre la destrucción del sistema escolar que actualmente consiste en sobrevivir al capricho y osadía de unos adolescentes superprotegidos por un sistema que niega lo más evidente: la absoluta crisis de la enseñanza secundaria así como la creciente imposibilidad de enseñar en unas aulas llenas de alumnos más interesados en las marcas de ropa, o en la posesión de un móvil; unas aulas ocupadas por adolescentes desinteresados en la adquisición de saberes, desdeñosos con la cultura; unas aulas en las que prima la ignorancia supina y en las que el alumno motivado es castigado con el desprecio

de sus compañeros que, además, como saben que promocionarán por imperativo legal se desentienden del estudio continuado, de la importancia de la disciplina y del esfuerzo para conseguir algo. Un alumno con demasiada prisa, inconsciente de que el saber requiere tiempo lento, quizás porque tiene la certeza de la facilidad del aprobado que conseguirá a pesar de que insulte, destroce material escolar, amenace, pegue, queme coches o falte sistemáticamente a clase.

Jiménez Lozano arremete contra la enseñanza secundaria para avisarnos de que una nueva realidad, nada tranquilizadora y cada vez más virulenta, se ha instalado entre nosotros. Hasta hace muy poco la violencia en las aulas nos parecía cosa de películas americanas, ahora no podemos negarla ya que forma parte del día a día a pesar de que las gamberradas se envuelvan en eufemismos como «irregularidades» y «faltas de disciplina». Todos tenemos miedo a enfrentarnos al problema y las agresiones físicas y verbales pasan rápidamente al olvido.

La indefensión de los profesores es absoluta ante unos adolescentes que pueden matar, violar, atropellar y saltarse todas las normas de convivencia para divertirse. La ley les ampara porque son menores y jamás les cargará con culpa alguna. Jiménez Lozano denuncia un mundo de apariencia y mentira y a un Ministerio de Educación incapaz de arbitrar soluciones o, por lo menos, de aliviar una situación cada vez más grave. ¿Qué hacer cuando los estudiantes no aceptan la disciplina, las explicaciones, los valores...? Para Lozano, «una de las causas de la barbarie juvenil radica en el lenguaje; se comunican con monosílabos y esto, naturalmente, bloquea el pensamiento articulado», sostiene el autor. No hay duda de que la lectura disminuye la agresividad, pero hoy la educación es otra cosa y los planes de estudio no fomentan un hábito ya en decadencia: los alumnos no leen quizás porque es una tarea lenta que requiere un esfuerzo. Ha habido que descender el nivel de exigencia ya que la pobreza lingüística con la que llegan los jóvenes a los institutos les impide comprender al profesor. Hemos bajado tanto el nivel que «todo tiene la medida de los bonsáis: la política, la cultura... Todo», afirma el autor de *El grano de maíz rojo*. Impera una degradación del pensamiento, de la palabra, de las relaciones, de la educación.

Carta de Tesa es una visión crítica de la juventud que «sólo quiere echar a la basura a sus padres y al pasado cultural entero» y ante la cual sólo sentimos terror porque como dice un per-

sonaje de la novela: «¿qué se le puede decir hoy a un jovencito?»

Este libro se configura como una metáfora sobre el fin de un mundo en el que las disciplinas escolares eran otras y nostalgia de otro en el que los gestos siempre significaban algo y eran lo que parecían. Escritura sencilla, de clara intención moral, como toda la obra de este escritor, que advierte del triunfo de la barbarie y que manifiesta un profundo disgusto y malestar con el mundo contemporáneo.

Milagros Sánchez Arnosi

Memorias de mi vida, *traducción de Sofía Calvo, Giorgio de Chirico, Madrid, Síntesis, 2004, 335 pp.*

De estas páginas personales resulta un autorretrato de rostro severo, labios fruncidos y mirada censuradora. Giorgio de Chirico está enfadado con el mundo que le ha acompañado y tanto en 1945, año de publicación de la primera parte de las memorias, como en 1960, cuando escribió la continuación, hace una constante evaluación de lo positivo que considera el pasado siglo XIX –siglo de pintores magistrales, de padres inteligentes y de auténticas esencias en «arte, en pensamiento, en idealismo, en romanticismo, en virilidad y en humanidad y, sobre todo, en talento»–, frente a lo nefasto que le parece el tiempo de la modernidad, al que considera mediocre, desordenado, estúpido, cruel y carente de temperamento –con una recopilación de sus adjetivos–. Son constantes los ataques a las nuevas maneras de hacer y los comentarios resultan dardos envenenados, porque su narcisismo le impide moderar el tono que llega desbordado en un tiempo histórico que conoció la tremenda furia de las guerras grandes. Los intelectuales, los surrealistas, Salvador Dalí, «el antipintor por excelencia», y los escritores James Joyce y Paul Valéry reciben el azote de su crítica feroz, de la que sólo se salva su propia obra, la de su mujer Isabella Far, la de su hermano Alberto Savinio y acaso la de algún amigo que, si en la primera parte sale indemne, cae en la segunda.

Realmente, el texto rezuma enfado. El relato de la infancia en Grecia se complementa, como era de esperar, con la incipiente llamada de la pintura, ese «demonio del arte», que le atrapó desde temprano. Avanza el relato despacio, recreándose en anécdotas que parecen insignificantes y que son puestas al servicio de su causa contemporánea: de niño era maltratado por pequeños injustos, como ha sido vapu-

leado convertido ya en pintor adulto por egoístas críticos de arte. Bajo este enfoque, se retrata en Roma, París y Nueva York y se detiene en el trágico ambiente de la segunda guerra mundial, época de abatimiento y de calor pegajoso, un calor que se convierte en eje vertebrador, por repetido, del relato de su vida.

Hay en las páginas una conciencia constante de ser artista y de poseer talento. Si la presente reedición tiene el valor de actualizar las palabras de un gran pintor sumándose a una lista de estupendas memorias –desde los textos autobiográficos de Paul Gauguin, Vincent Van Gogh, Frida Kahlo, Oskar Kokoschka, Salvador Dalí pasando por la original *Mi filosofía de A a B y de B a A,* de Andy Warhol–, la lectora esperaría una mayor evaluación de su vida en el arte, esto es, más pintura metafísica y todo lo que le ocupó en su vida de pintor y menos enfado. Es cierto que está en el trance de explicar su vida y la visión debe ser innegablemente subjetiva, pero por eso mismo querría el encuentro autocrítico de quien sabe ver tanto mal en tanto y en tantos. Por todo ello, *Memorias de mi vida* resulta una suma de palabras evaluadoras de un pasado mitificado y un campo abonado para la autoalabanza y la autocompasión, lástima que la superioridad sea considerada por algunos hombres distinguidos como un rasgo imprescindible para marcar la diferencia. Quizá un poco de humildad concedería mayor razón a los juicios de un pintor estupendo que entendió la escritura autobiográfica como la descarga del genio –en el sentido más doméstico del término.

Blanca Bravo

La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea, *Ana Luengo, Berlín, Tranvía, 2004, 287 pp.*

Coincide la aparición de este libro –y la autora es consciente de ello– con la de muchos otros que persiguen recuperar desde hace tiempo una «memoria, histórica» oculta tras cuatro décadas de dictadura y el posterior pacto de silencio impuesto como precio de la Transición pacífica. El fenómeno ha trascendido más allá del mercado del libro, y su difusión –en algún caso, su encono– ha surgido más bien de los medios de comunicación escrita o audiovisual, y también de las tribunas parlamentarias a las que accedemos gracias a la gentileza de éstos. Ana Luengo pone en duda la inocencia (es decir, el desinte-

rés) de esta «tardía exaltación mediática», pero en todo caso su análisis y reflexión se aplican al ámbito literario: en qué medida novelistas españoles de las últimas décadas que han tratado el tema de la Guerra Civil y sus secuelas, con la pretensión de erigirse en portavoces de una memoria colectiva desterrada, han logrado tales fines en su obra o bien han empleado dicho tema como elemento accesorio o reclamo de atención. Las obras seleccionadas para el estudio son *El jinete polaco* (Antonio Muñoz Molina), *Cambio de bandera* (Félix de Azúa), *La hija del Caníbal* (Rosa Montero), *Cielos de barro* (Dulce Chacón), *La caída de Madrid* (Rafael Chirbes) y *Soldados de Salamina* (Javier Cercas), escogidas según criterios relacionables con la realidad de la «memoria colectiva»: se trata de autores que no vivieron la guerra ni la inmediata posguerra, y de novelas que alcanzaron un éxito notable de crítica y de público. Asimismo, abordan la materia de la guerra civil desde diferentes ángulos, con notables variaciones geográficas, temporales o de personajes, aspecto puesto de relieve en el posterior análisis separado de las obras.

Éste análisis viene precedido de una aclaración del concepto de «Memoria colectiva» según las tesis de Maurice Hallbwachs, y de las correspondientes introducciones a la teoría de la novela histórica y, brevemente, a la misma historia de España que recrean dichas novelas. Cada capítulo de la segunda parte ya entra en la materia del libro propiamente dicha: una sucesión de estudios particulares de las novelas desde un punto de vista narratológico en el que la identidad de las distintas voces del relato cobra una especial importancia, puesto que son éstas las que definen la legitimación (o deslegitimación) de ciertos recuerdos, y al mismo tiempo la actitud del autor implícito hacia estos recuerdos y los hechos históricos que los generan. Los personajes que llevan la voz cantante asumen así en la novela, de diferentes maneras, las dimensiones de la memoria definidas por Hallbwachs: *homo psychologicus* (sujeto de la memoria autobiográfica), *homo sociologicus* (producto del intercambio de recuerdos) y *homo agens* o portador de la memoria colectiva.

Es en la conclusión donde se da una forma clara al objetivo principal del libro: elaborar una metodología para el estudio de la organización de la memoria colectiva en la novela, teniendo en cuenta, aparte de la legitimación de los personajes portadores de la memoria, su idealización o degradación (caricaturesca a veces, como se observa de un modo par-

ticular en *Cambio de bandera)* y la pervivencia a través de su relato de ciertos «traumas y mitos» sobre la guerra cuya validez durante el franquismo permanece, a juicio de la autora, pese a las décadas de régimen democrático. En cuanto al grado de compromiso, es notorio cómo aquellas narraciones en las que el discurso de los recuerdos se transmite de una manera lineal y coherente (*La hija del Caníbal, Soldados de Salamina)* son las mismas en que la Guerra Civil aparece como materia simplemente «curiosa y artística», con un componente de entretenimiento muy superior al de posible relectura política crítica, y que, de paso, son las que obtuvieron con diferencia un mayor éxito editorial. Desde ese punto de vista, Luengo no resulta particularmente benévola con los textos que analiza: sólo la novela de Chirbes plantea para ella una clara provocación política, al ambientarse precisamente en la época de la Transición ofreciendo un panorama radicalmente escéptico y desmitificador con respecto a unos personajes que, incluso desde la rebeldía, son hijos del franquismo y víctimas u obstáculos de una memoria bloqueada.

Tan sólo es de lamentar en un estudio tan rigurosamente elaborado la presencia de algunos defectos de redacción como la reiteración de la consabida fórmula «escritoras y escritores», «autoras y autores», no siempre necesaria; e incluso algunos fallos en cuanto a documentación general: la confusión entre los Regulares y el Tercio de Extranjeros, es decir la Legión (198) o la sorprendente incompatibilidad entre la condición de cardenal y la de arzobispo (156). Detalles fácilmente localizables y subsanables para futuras ediciones, y que apenas empañan la profundidad y el valor crítico –tal vez polémico, incluso– del estudio literario.

Manuel Prendes

Los dioses de la noche, *Diego Martínez Torrón, Sial, Madrid. 2004.*

Gran parte de la obra, crítica y creativa, de Diego Martínez Torrón está literalmente abocada a la recreación del romanticismo. Es lo que ocurre igualmente en *Los dioses de la noche* que supone un desahogo, una manera de consentir la creación que late bajo toda crítica, una forma de tolerar el deseo fabulador, emanciparlo, dejarlo, por una vez, en los cueros de la ficción.

El libro se abre con un hermoso cuento gótico, «El fantasma ensimismado», una sugerente ver-

sión de la leyenda de la dama de Amboto.

Al cuento de fantasmas sigue un texto compensatorio, un *rifacimento* picaresco en ambiente posmoderno, de título desconsoladamente machadiano: «Y además no importa». El nuevo Monipodio fabulado por Martínez Torrón se radica, ahora, en el inframundo marginal del Madrid contemporáneo, en el que deambulan mendigos espectrales, fugitivos de la pre-movida de los setenta, la tibia revolución *hippie* que en Iberia derivó, demasiado pronto, en un infierno de drogas sintéticas.

La tercera parte del libro constituye una apuesta singular: dar voz y escritura íntima a personajes históricos como la Marquesa de Montehermoso, Juana la Loca, Cervantes, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rilke y Baudelaire. Martínez Torrón conoce muy bien el clima de tensiones ideológicas en que arrancó nuestro siglo diecinueve, lleno de contradicciones y matices no suficientemente explicados. Se trata, a mi juicio, de la mejor pieza del libro. La escritura es rauda, tersa, directa. La protagonista se mueve en extremos emocionales e ideológicos, como la mayoría de los personajes de estos cuentos.

En el segundo monólogo, de Gómez de Avellaneda, la reclamación de lo imposible se hace en una evocación biográfica. El tercer relato está dedicado a Juana la Loca. Luego la evocación cervantina, que recrea el posible estímulo biográfico de *La gitanilla,* exhibe a las bravas el riesgo de la retroproyección romántica: ni siquiera Américo Castro, tan amigo de heterodoxias, se hubiese atrevido a sugerir tanta sed de *infinito* en Cervantes. De Rilke y Baudelaire nos queda su hostilidad a la «mentalidad burguesa pacata» de altísima *sprezziatura* aristocrática, «pues la vida es un juguete y además no importa». Y es que hay mucho de arrojo aristocrático en estas prosas, cuya vertiente y versión de lo romántico está más del lado de un Byron, pongamos, que de un Shelley. Una moral de elegidos, iluminados y soñadores, que, como las dos figuras del cuadro de Romero de Torres, *El genio y la inspiración,* que oportunamente ilustran la portada, se dejan tocar por luces imposibles al borde de un abismo.

Un libro, por todo ello, tan arriesgado en su exigencia como sincero en su ejecución. Un reciente poema de Martínez Torrón, letraherido incorregible, romántico *malgré tout,* condensa eficazmente su credo: «¿Para qué escribes? / Para penetrar en la profunda sima del deseo. / Para abrir una puerta al infinito. / Para liberar tu espíritu hacia una región / poblada por dioses» (*Mirar la luna. Poesía completa 1974-2002,*

Sial, Madrid, 2003, p. 399). Quizás una cabal valoración de estos relatos solicite un lector que también lea para eso.

Julián Jiménez Heffernan

La novia de Wittgenstein, *Mario Boero Vargas. Visión net, Madrid. 2004, 201 pp.*

Hace ya más de veinte años el profesor de lógica Alfredo Deaño introdujo a varias promociones de alumnos de la Universidad Autónoma de Madrid en la filosofía de Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Recuerdo que en algún lugar escribió que era una lástima que Luchino Visconti no hubiera realizado una película sobre el filósofo. Hoy la bibliografía sobre este autor aborda tanto su producción intelectual como su biografía personal. Ambas se hallan sin duda mezcladas; con la curiosa peculiaridad de que al tiempo que Wittgenstein era enormemente honesto y autoexigente en su pensamiento filosófico consideraba que la sabiduría es fría y gris llegando a encubrir la vida, de suyo multicolor. La reticencia hacia la abstracción, que él inevitablemente practicaba en cuanto filósofo, explica en alguna medida algunos de los chocantes episodios extra e incluso antiacadémicos que protagonizó: sus trabajos como maestro de escuela o jardinero en un convento; las recomendaciones a sus alumnos para que hicieran trabajos manuales; su concentración hasta los mínimos detalles en el trabajo que como arquitecto desarrolló para su hermana Gretl. Otra faceta multicolor de la existencia era, a su juicio, la religión. Como en otros terrenos de su existencia, también en este caso las vivencias de Wittgenstein eran contradictorias. En ella veía una forma de enfrentarse y destruir su propia vanidad. También un oasis de sosiego entre las turbulencias de la vida cotidiana personal y social; no en vano vivió la disolución de la cultura del imperio austrohúngaro, el avance de una civilización basada en un concepto de progreso que no compartía, dos guerras mundiales y un mundo universitario que le desagradaba incluso físicamente. Sin embargo, la apertura a la religión –no como confesión religioso-dogmática sino como forma de relación con el mundo– le atemorizaba pues temía que la entrega a ella le llevara a la disolución. «No puedo arrodillarme para rezar porque mis rodillas están tiesas, por así decirlo», escribió en 1946.

«No puedo abrazarte ni besarte porque mis brazos están rígidos y mis labios yertos», sería una frase quizás no disparatada en una no-

vela o en una película sobre Wittgenstein. El profesor Mario Boero ha realizado en el libro que comentamos una interesante aproximación a la figura del filósofo desde una ficción que se nos antoja improbable: la de que hubiera mantenido una relación de noviazgo con una muchacha llamada Margarita Respinger. No por ser ella en concreto sino por ser una mujer y, sobre todo, porque como escribe Boero a Wittgenstein debieron repugnarle los moldes impuestos. Además, la intangibilidad corpórea de Wittgenstein, su aura *noli me tangere* parece incompatible con el noviazgo. Sin embargo, la ficción construida por Boero resulta verosímil al destacar que hubiera sido una relación problemática en la que Margarita hubiera sufrido mucho pues, como Wittgenstein confesó, su ideal vital estaba presidido por una indiferencia capaz de tener a raya los elementos pasionales. Fuego y hielo, en tensión. Implicación y desapego. A través de la novelización *La novia de Wittgenstein* presenta, a veces mediante la cita de textos del filósofo, algunas de sus posiciones intelectuales y vitales, sin correr el riesgo de tomar por realidad lo que es ficción. Pero permitiendo también que se encarne, aunque sea ficticiamente, uno de los rasgos más creíbles de su personalidad: la necesidad de conversión. La insatisfacción de Wittgenstein hacia su propia personalidad, hacia su filosofía pero también ante la conducta de otros, le llevaba a desear el cambio de las conductas. Es más, la implacabilidad con que se juzgaba a sí mismo, la aplicaba también a veces de forma desabrida ante los demás, como cuando rechazaba a los alumnos con aspiración de «turistas», que pretendían a veces frecuentar ocasionalmente sus clases. El libro de Boero resulta iluminador en su presentación de este aspecto de la figura de Wittgenstein: su anhelo de conversión, de ser de otra manera a la búsqueda de una pureza ansiada pero sólo raramente entrevista. Aspiración por tanto a un vivir cotidiano, concreto, no mermado por el distanciamiento de la especulación filosófica y, sin embargo, pleno de madurez intelectual. Pero también de pesimismo, pues, escribió en otra ocasión: «lo que sueña un hombre casi nunca se cumple».

Rafael García Alonso